

hizo fué dar gracias á la Virgen, y en seguida al alma caritativa que lo habia librado de la prision ó de la muerte. Pero ¿cuál no seria su asombro al contemplar en su libertadora, á una perla del barrio, á la reina de todas las mozas de garbo y salero, segun la pareció. Quedóse estático, con la boca abierta y los ojos fijos, contemplando á aquella deidad, en medio de una sala baja á la que su linda desconocida le habia llevado.

— Ea, señó, ¿qué la pasao á osté? Vaya el susto al infierno que aquí estasté seguro le dijo la Berroqueña al ver la suspension del mozo.

— ¡Virgen de la Mercé! exclamó *Centella*, qué pronunciassté de susto! No estasté conosiendo, mi alma, que toítico esto que siento, ej porque me presumo que he entrao en la gloria. ¿Dígamosté, cara é rosa, serasté la portera el sielo, y yo el alma é Senteya muerto á mano airá po esos chusqués del risguardo?

Al oír esto la moza enseñó dos filas de perlas por entre sus labios sonrosados, y dijo:

— Bájosté un poquiyo, señó, y no me encaramosté tan alto. Sin dua estasté toavía algo trastornao y vosté visiones. Aquí no hay ná é cielo, y estospeasos se arrastran sobre la tierra pa lo que osté guste mandá.

— ¡Ay! qué estasté isiendo! ¿He oio bien, ó están por ahí tocando algun instrumento venio é lótro mundo? ¿Yo mandarlosté, cuando le ebo la via: cuando sino es por osté estoy á esta hora como un Jeseomo metio en casa agüela, ó mascando tierra? Mandosté, mi alma, que po servirla seré yo capaz de subí á la jorca.

— ¡No lo premita Dios!... Pero ¿qué es eso, estasté jerrío? esclamó con tono de interés la jóven.

— No, esto no es náa.... alguna baliya que pasó é refilon.

— ¿Pero le dolerá?

— Qué me hz é dolé; si la tengo á osté elante! Ni aunque tuviera un gujero que atravesára de parte á parte. ¡Ay! mairinita: me duele, pero es aquí (se señalaba el corazon); bien sabe la Virgen que mejó me hubiera estaó queá en medio é esa caye, que no haberla visto, pa pasá las faitiguiyas que voy sintiendo....

— ¡Jesu! y que hombre tan súpito!

— Y sin esperansa é alivio.

— Vamos que toavía no vasté camino el Campo-Santo.

— Pero ya me están jasiendo la mortaja.

— Cayosté, que no tiosté motivio nenguno.

— Mairina! Por fortuna, esa presona?...

— ¡Tal ves!...

— ¿Está libre?

— Como el aire!

— ¿Impeimento?

— Nenguno.

— ¡Y este cuerpo!...

— Ayá veremos.

— ¡Ay, mairina! demosté la via, que se la yeva á peasos.

— Jaremos po sujetarla. Pero iga, mozo gueno, cuál es su nombre é pila.

— Esteban Lopes, conocio por Senteya.

— Y osté como se llama, alma mia.

— María é los Angeles Berroqueña.

— Sí señó, me interrumpió el tio Relámpago, asina se verificó ese maldecio conosimiento. Mirosté, van pasaos muchos años, y no ostante caa dia lo tengo mas fresquito en la cabeza. ¡Probe Senteya!... Vaya otro traguiyo, cabayero.... lo que osté está jaciendo no es pagao con toítica la plata é América!

El pobre del Sr. Juan hallaba un alivio á sus penas en el vaso.

De nuevo tomó los papeles para seguir la lectura, pero encontré que entre las hojas que acababa de leer y las que quedaban, faltaban una porcion que sin duda habria perdido en la calle. Aquí fué el apuro del tio Relámpago.

— ¿Y qué mus jasemos ahora? me dijo. ¡Válgame Dios, señó! ¿y cómo ha sio eso? Tan guena como iba esa historia! Vamos, está visto que soy mu desgrasiao!

— Pero, señor Lopez, la historia no ha perdido nada con eso: escribiré de nuevo las hojas extraviadas.

— Ya; pero ¿y ahora?...

— Ahora, si V. quiere, le referiré así por encíma lo que falta hasta unir á estas hojas que le acabaré de leer tambien.

— ¡Sea too por Dios! y se llevó otra vez el vaso á los labios para que este nuevo contratiempo le fuese menos sensible. Vaya, digasté, continuó:

— Todo lo que falta, le dije, abraza el período de los amores de *Centella* con la Berroqueña. Refigro de qué modo se comprometieron en relaciones amorosas; cómo la Berroqueña, despues de comprometida, dió mucho que hacer á *Centella* por ser demasiado loquilla; los malos ratos que pasaron el uno y la otra; los celos de Estebanillo; las quimeras que se originaron; los desafíos que tuvo su hijo de V.; las hablillas de la gente del barrio; las tramas de otras mozelas para atraer á su amor á *Centella*; la constancia de éste, y por último, todos esos mil incidentes que se originan cuando hay amores, celos y coquetería de por medio. Todo esto sazonado con sus consejos, reflexiones, dichos y demás que viene á cuento. Ya se escribirá otra vez si no parece el escrito, y podrá V. darle ó no su aprobacion.

— Quiosté cayá!...

— Se me olvidaba decir á V. que tambien falta la relacion del dia del campo que tuvieron el dia de la Virgen de los Angeles; en el que Juan *el Lobo*, ya curado de sus heridas, empezó á hacer el amor á la Berroqueña, y ésta á darle oidos, á pesar de ser el uno amigo y la otra novia de su hijo de V.; lo cual contribuyó á enfriar la amistad que habia, y á preparar la catástrofe. Ahora oiga V. lo que he escrito acerca del famoso baile en que aconteció.

Al rededor de la sala del baile habia multitud de sillas de madera blanca: en el testero, una mesa de pino sin pintar ostentaba una batería de botellas negras y de vasos, y debajo de ella se pavoneaba un diforme botijo. Colgaban de las paredes grandes cornucopias, que figuraban unas un corazon y otras una alegría, con marco de labores dorado, y lunas rayadas por todas partes, de modo que multiplicaban hasta lo infinito los rostros y los cuerpos de los que acertaban á ponerse ante ellas: algunos cuadros de talla dorada con imágenes de santos alternaban con las cornucopias. Dos viejas cortinas encarnadas de felipechin, manchadas en mil partes de aceite, pendian de la pared por la parte interior del balcon, formando pabellon, y cogidas á ambos lados de la pared por un lazo de medio liston amarillo. El techo de la sala era embovedado, de madera: ya ennegrecido por el tiempo; y de tres vigas que lo atravesaban á lo ancho, colgaban tres enormes velones de cuatro mecheros encendidos, que no contribuirían poco á la negrura del techo, la que formaba un raro contraste con la blancura de las paredes, enaladas aquel mismo dia.

Veíanse las sillas ocupadas por la flor y nata de las hermosuras del barrio, cada una de las cuales ostentaba en su cabeza un jardin, en el que se veían revueltos en graciosa confusion la blanca rosa con el nacarado clavel y el jazmin